

## Walter Benjamin

### «La tarea del traductor»

En ninguna parte la atención hacia el receptor resulta fructífera para la comprensión de una obra de arte o una forma artística. No es sólo que toda referencia a un público determinado o a su representante lo desvíe a uno del camino, sino que hasta el concepto de un receptor *ideal* es nocivo en toda discusión sobre teoría del arte, porque de esas discusiones tan sólo se solicita que partan en general de la existencia y la naturaleza del ser humano. Asimismo el arte también presupone aquella naturaleza física y espiritual; pero ninguna obra de arte presupone la atención del ser humano. Porque ningún poema está destinado al lector; ningún cuadro, a quien lo contempla; ninguna sinfonía, al auditorio.

¿Se dirige la traducción a aquellos lectores que no entienden el original? La respuesta parece aclarar de manera suficiente la diferencia de categoría entre ambos en la esfera del arte. Además, parece ser la única razón posible para repetir lo *idéntico*. ¿Qué *dice*, pues, una obra literaria?, ¿cuál es su información? Muy poco, para quien la entiende. Su esencia no es informativa, ni es un mensaje. Sin embargo, aquella traducción que sobre algo se propone informar no podría comunicar sino información, es decir, lo no esencial. Y es esto precisamente lo que distingue las malas traducciones. Por otra parte lo que hay en la poesía además de información —e incluso el mal traductor admite que eso es lo esencial—, ¿no es lo que se piensa generalmente como lo incomprensible, misterioso, *poético*?, ¿aquello que el traductor sólo puede reproducir haciendo poesía? De ahí procede, de hecho, un segundo rasgo de la mala traducción; que puede definirse, por lo tanto, como una interpretación imprecisa de un contenido no esencial. Así es,



siempre que la traducción se comprometa a servir al lector. Pero si estuviera destinada al lector, también debería estarlo el original. Si el motivo de la existencia del original no es ese, ¿cómo podría entenderse entonces la traducción a través de esos conceptos?

La traducción es una forma. Para comprenderla como tal, es preciso volver al original. Porque la ley de la traducción está comprendida en él como traducibilidad. La cuestión de la traducibilidad de una obra es ambigua. Puede significar: ¿alguna vez, entre el conjunto de sus lectores, hallará al traductor adecuado?; o, más expresamente, ¿conforme a su naturaleza, permite la traducción, y, por consiguiente —conforme a la trascendencia de esta forma—, además, la requiere? En principio, la primera pregunta sólo puede resolverse de manera problemática; y la segunda, de manera apodíctica. Sólo un pensamiento superficial, al negar el significado independiente de la última, calificará a ambas de equivalentes... Frente a él, hay que subrayar la circunstancia de que ciertos conceptos de relación conservan su buen sentido, o incluso su mejor sentido, si no se asocian ya desde un principio exclusivamente con el hombre. Así, podría hablarse de una vida o un momento inolvidables, aun cuando todos los hombres los hubieran olvidado. Pues si su naturaleza exigiera que no fueran olvidados, aquella calificación no contendría ninguna falsedad, sino sólo una exigencia que los hombres incumplen, y a la vez también la referencia a una esfera donde sí se cumpliría, a un recuerdo de Dios. En consecuencia, hay que seguir considerando la traducibilidad de las creaciones verbales aun cuando estas fueran intraducibles para los hombres. Y, en realidad, con un concepto riguroso de la traducción, ¿no deberían incluso serlo en cierta medida? Con tal despego hay que plantear la cuestión de si debe exigirse la traducción de ciertas creaciones verbales. Porque la regla es: si la traducción es una forma, la traducibilidad tiene que ser parte constituyente de ciertas obras.

La traducibilidad es un constituyente particular de ciertas obras; no significa eso que su traducción sea esencial para sí mismas, sino que cierta significación inherente de los originales se manifiesta en su traducibilidad. Es evidente que una traducción, por buena que sea, jamás podrá significar algo para el original. No obstante, está íntimamente relacionada con este mediante su traducibilidad. Más aún, esta relación es tanto más íntima cuanto que ya no significa nada para el original; se la puede llamar natural, y, con más precisión, una relación de la vida. Tal como las manifestaciones de la vida están profundamente relacionadas con lo vivo sin significar nada para ello, así, la traducción procede del original, aunque no tanto de su vida, sino de su



*supervivencia*. Porque la traducción es posterior al original; y, por cierto, en las obras importantes, que nunca encuentran a sus más escogidos traductores en la época de su creación, es significativo el estadio de la prolongación de su vida. Con objetividad nada metafórica hay que concebir la idea de la vida y de la prolongación de la vida de las obras de arte. Incluso en las épocas en que el pensamiento era de lo más angosto se ha creído que no sólo podía atribuirse vida exclusivamente a lo físico-orgánico. Pero no se debe tratar de acrecentar el dominio del alma bajo su débil cetro, como quería Fechner; ni mucho menos se debe tratar de que pueda definirse la vida basándose uno en las instancias aún menos determinantes de lo animal o en el sentimiento que sólo a veces puede caracterizarla. Antes bien, el concepto de vida no se considerará debidamente sino cuando se atribuya vida a todo aquello de lo que hay historia, y que no es sólo su escenario. Pues al fin y al cabo, el ámbito de la vida ha de determinarse partiendo de la historia, no de la naturaleza; y peor podría determinarse partiendo de una naturaleza tan inestable como el sentimiento o el alma. De ello infiere el filósofo el deber de comprender toda vida natural partiendo de la vida más amplia de la historia. ¿Acaso no se reconoce la prolongación de la vida de las obras de una forma incomparablemente más sencilla que la de los seres vivos? La historia de las grandes obras de arte comprende a su ascendencia, desde sus orígenes; a su creación en la época del artista; y al período de la prolongación, en un principio perpetua, de su vida, durante las generaciones posteriores. Allí donde asoma, a este último se le llama gloria. Aquellas traducciones que son algo más que comunicación nacen cuando durante la prolongación de la vida de una obra ya ha entrado esta en su momento de gloria. Por consiguiente, no contribuyen tanto a esta, según la reclamación habitual de los malos traductores, cuanto, más bien, le deben su existencia a ella. Alcanza en ellas la vida del original, en perpetua renovación, la última y más completa floración de su existencia.

Como es privativa de una vida singular y sublime, esta floración está determinada por una finalidad singular y sublime. Vida y finalidad: he aquí una relación que parece palpable, pero que, sin embargo, casi se sustrae al entendimiento; sólo se advierte esa relación donde aquella finalidad, hacia la que se orientan las diferentes finalidades de la vida, no se busca nuevamente en su propia esfera, sino en otra superior. Todas aquellas manifestaciones de la vida que poseen una finalidad, tal como su finalidad en general, no la poseen, a fin de cuentas, para la vida, sino para expresar su propia naturaleza, para representar su significación. Así, la finalidad de la traducción se halla,



en definitiva, en la expresión de la correlación intrínseca entre las lenguas. De ningún modo puede ella misma revelar o crear esta oculta correlación, pero sí puede representarla, reproduciéndola en forma germinal o condensada. Y a decir verdad esta representación de un significado mediante el experimento, mediante el germen de su producción, es por cierto un modo muy particular de representación que apenas puede encontrarse en el ámbito de la vida no lingüística. Porque esta conoce, mediante analogías y signos, otras formas indicativas diferentes de la realización condensada, o sea, diferente de la anticipación y la alusión. Aquella imaginaria correlación intrínseca entre las lenguas se caracteriza, sin embargo, por una particular convergencia. Consiste esta en que las lenguas no son extrañas entre sí, sino que están emparentadas, a priori y dejando a un lado toda relación histórica, mediante lo que quieren decir.

Con este intento de explicación, sin embargo, la reflexión parece desembocar de nuevo, después de rodeos inútiles, en la teoría habitual de la traducción. Porque si en las traducciones ha de acreditarse el parentesco de las lenguas, ¿cómo podría lograrse esto sino mediante la más escrupulosa reproducción posible de forma y sentido del original? Sobre el concepto de esta exactitud, aquella teoría, desde luego, no sabría explicarse; o sea, no podría, por lo tanto, dar cuenta de lo que es esencial en las traducciones. Pero la verdad es que el parentesco de las lenguas se atestigua en la traducción de modo mucho más profundo y concreto que en la aparente e indefinible semejanza de dos obras poéticas. Para comprender la verdadera relación entre original y traducción, es necesaria una reflexión cuyo objetivo es análogo al de esa asociación de ideas con la que la teoría del conocimiento tiene que demostrar la imposibilidad de una teoría reproductiva. Mientras allí se comprueba que no habría objetividad en el conocimiento, ni tan siquiera podría reclamarse, si este se redujera a reproducir la realidad; aquí puede demostrarse que la traducción sería imposible si la semejanza con el original fuese la aspiración de su más íntima esencia. Pues durante la prolongación de su vida, que no debería denominarse así, si no fuera transformación y renovación de lo vivo, el original cambia. Hay una madurez tardía hasta para las frases ya acuñadas. Lo que en su tiempo era quizá una tendencia del lenguaje poético de un autor puede quedar concluido en el futuro; las tendencias inmanentes pueden brotar de nuevo de lo ya hecho. Lo que en su tiempo parecía nuevo puede posteriormente parecer gastado; y lo que fue de uso común, arcaico. Buscar lo esencial tanto de esas transformaciones como de las igualmente continuas de significado, en la subjetividad de la posteridad, en



vez de en la propia vida de la lengua y sus obras, sería, admitiendo incluso el psicologismo más tosco, confundir la razón y la esencia de los hechos; o, dicho más rigurosamente, sería negar incluso, por impotencia del pensamiento, uno de los más poderosos y fructíferos procesos históricos. Pero aun cuando se quisiera convertir el último movimiento de la pluma del autor en un golpe de gracia para la obra, no se salvaría así esta difunta teoría de la traducción. Porque tal y como se transforman por completo, con el transcurrir de los siglos, el tono y el significado de las grandes obras poéticas, también así se transforma la lengua materna del traductor. Más aún, mientras la palabra poética perdura en su lengua, aun la traducción más insigne está destinada a ser absorbida por su lengua, a hundirse en la renovación de la lengua. Tan lejos se halla de ser la huera ecuación de dos lenguas muertas que entre todas las formas le toca precisamente a ella, como lo más específico suyo, dar cuenta de aquella madurez tardía de la palabra extranjera en el parto de la propia.

Si en la traducción se revela el parentesco de las lenguas, no es mediante la vaga semejanza entre original y reproducción. Pues es evidente, en cualquier caso, que la semejanza no es una consecuencia inevitable del parentesco. Además, la conformidad que hay aquí entre el concepto de este último y su uso más estricto se debe también a la circunstancia de que no es posible, en ninguno de los dos casos, definir el concepto suficientemente por la igualdad de ascendencia; aunque el concepto de ascendencia, por cierto, seguirá siendo imprescindible para la definición de aquel uso más estricto. Dejando aparte el parentesco histórico, ¿dónde puede buscarse el parentesco de dos lenguas? La semejanza de sus obras poéticas, en fin, es tan poco útil como la de sus palabras. Antes bien, todo parentesco sobrehistórico de las lenguas descansa en la circunstancia de que en cada una de ellas, en su totalidad, se pretende respectiva y precisamente idéntica cosa; una cosa que, sin embargo, no se halla al alcance de cada una de ellas por sí sola, sino exclusivamente al alcance de la totalidad en que se complementan todas sus intenciones recíprocas: en la lengua pura. Porque mientras todos los elementos singulares, las palabras, las frases, los contextos de las lenguas extranjeras, se excluyen entre sí, estas mismas lenguas se complementan mutuamente en sus intenciones. Para formarse un concepto exacto de esta ley, una de las fundamentales de la filosofía de la lengua, es preciso distinguir en la intención entre lo designado y la manera de designar. Mientras que en *Brot* y *pain* ['pan'] lo designado es idéntico, no lo es la manera de designar. Pues de la manera de designar se deriva el hecho de que ambas



palabras significan algo diferente para el alemán y el francés, respectivamente, que para ambos no son intercambiables, y que, en fin, incluso tienden a excluirse; de lo designado, no obstante, se deriva que en general significan lo igual e idéntico. Mientras de tal modo divergen las maneras de designar en estas dos palabras, estas maneras se complementan en las dos lenguas de las que forman parte. En efecto, las maneras de designar pasan en ellas a formar lo designado. En las lenguas tomadas singularmente, es decir, incompletas, jamás se encuentra lo designado en relativa independencia, como en las palabras o las frases aisladas; se encuentra antes bien en una transformación continua, hasta que de la armonía del conjunto de aquellas maneras de designar pueda aparecer la lengua pura. Hasta entonces permanecerá oculto en las lenguas. Pero si estas siguen creciendo así hasta el mesiánico fin de su historia, es entonces la traducción la que se inflama en la perpetua prolongación de la vida de las obras y en el inagotable renacer de las lenguas, para indagar una y otra vez acerca de aquel sagrado crecimiento de las lenguas: ¿cuánto falta para la revelación de lo oculto de las lenguas?, ¿qué presencia puede llegar a tener lo oculto si se conoce la distancia que falta?

Con esto se reconoce, por supuesto, que toda traducción sólo es un modo algo provisional de plantear el problema de la distancia de las lenguas. La superación definitiva de esta distancia, de forma que no sea temporal o provisional, o sea, de forma inmediata y concluyente, no se halla al alcance del ser humano; o no puede alcanzarse, en todo caso, por medios directos. Indirectamente, sin embargo, es el crecimiento de las religiones el que sazona en las lenguas la oculta semilla de otra superior. La traducción, por lo tanto, aunque no puede reclamar la perpetuidad para sus creaciones, diferenciándose así del arte, no niega su orientación hacia una fase última, definitiva y decisiva, de todo el porvenir y creación de las lenguas. En ella, en la traducción, el original crece hasta llegar a una atmósfera de la lengua, en cierto modo, más elevada y más pura; donde, por cierto, no puede vivir éste perpetuamente, así como tampoco la alcanzan, ni aproximadamente, todos los elementos que lo constituyen; pero sí, cuando menos, la señala de forma maravillosamente persuasiva como el ámbito de reconciliación y cumplimiento de las lenguas, predestinado e inalcanzable. No llega todo el tallo ni las raíces del original, pero en este ámbito se halla aquello que en una traducción es más que información. Con mayor exactitud puede denominarse este hueso substancial como lo que en ella misma no es traducible de nuevo. Porque aunque se pretenda obtener de ella cuanta información se pueda, y traducirla, en todo



caso, permanece intangible aquello a lo que iba dirigida la labor del verdadero traductor. No es trasladable como la palabra del poeta original, porque la relación del contenido con respecto a la lengua es completamente diferente en el original y en la traducción. Pues mientras en el primero estos dos forman una cierta unidad, como la de la fruta con su piel, la lengua de la traducción envuelve su contenido como con un manto regio de amplios pliegues. Pues ella supone una lengua superior de la que es, y por ello se muestra inadecuada ante su propio contenido, majestuosa y extraña. Esta ambigüedad no sólo impide la traducción de la traducción, la vuelve superflua. Y es que toda traducción de una obra, hecha en un momento determinado de la historia de la lengua, representa, en cuanto a un cierto aspecto de su contenido, a la traducción para el resto de las lenguas. La traducción, por lo tanto, trasplanta el original a una esfera lingüística más definitiva; más definitiva —hablando irónicamente—, al menos, en tanto que de ahí ya no es transferible por ninguna traducción, sino que el original sólo puede ser elevado a ella en otras y siempre nuevas ocasiones, y en otras partes. No es casual que la palabra *irónicamente* evoque aquí pensamientos de los románticos. Antes que otros, tenían ellos conocimiento de la vida de las obras, de la cual la traducción es su testimonio más elevado. Por supuesto, apenas lo reconocieron como tal, pues dedicaron toda su atención hacia la crítica, que también representa un momento, aunque inferior, de la prolongación de la vida de las obras. Pero si bien su teoría no se orientaba apenas hacia la traducción, su propia y tan eminente labor de traducción iba acompañada de una especial sensibilidad hacia la naturaleza y dignidad de esta forma. Todo indica que esta sensibilidad no necesariamente se halla desarrollada de la forma más intensa en el poeta; es más, tal vez sea en él, como poeta, donde menos espacio tiene. Ni siquiera en la historia se insinúa el prejuicio convencional según el cual los traductores importantes serían poetas; y los poetas insignificantes, traductores menores. Algunos de los mayores, como Lutero, Voss, Schlegel, tienen mucha más importancia como traductores que como poetas; otros, entre los más eminentes, como Hölderlin y George, considerando la amplitud de su obra, no se comprenden de manera suficiente bajo la denominación de poetas. Y aún menos como traductores. Pues así como la traducción es una forma independiente, asimismo puede concebirse la tarea del traductor como independiente, y diferenciarse de la del poeta.

La tarea del traductor consiste en encontrar aquella intención respecto de la lengua a la que se traduce con la que se despertará en ella el



eco del original. He aquí un rasgo mediante el cual la traducción ciertamente se diferencia de la obra poética, porque la intención de esta nunca se dirige a la lengua como tal, a su totalidad, sino a ciertas relaciones lingüísticas de contenido. La traducción, en cambio, no se encuentra, como la poesía, en el propio interior del bosque agreste de la lengua, por decirlo así, sino que desde fuera de ella, enfrente de ella, y sin entrar en ella, llama al original a entrar, y a entrar en aquel único sitio donde el eco respectivo en la propia lengua puede dar la resonancia de una obra en otra. No es sólo que su intención tenga un objetivo diferente del de la poesía, o sea, una lengua en su conjunto, partiendo de una sola obra de arte en otra lengua, sino que ella misma varía: la del poeta es una intención directa, primaria, concreta; la del traductor es derivada, última, abstracta. Pues el gran motivo de la integración de las muchas lenguas en la única lengua verdadera es lo que determina su trabajo. Ahora bien, es esta la lengua en la cual, por una parte, las distintas frases, obras poéticas y los juicios, no llegan nunca a un acuerdo —por lo cual, además, precisarán siempre de la traducción—; es la lengua en la cual, por otra parte, las propias lenguas, complementadas y reconciliadas en su manera de designar, se ponen de acuerdo. Pero si en realidad hay una lengua de la verdad donde están guardados, de manera distendida y silenciosa, los últimos secretos por los que todo pensar se empeña, esta lengua de la verdad es, por consiguiente, la lengua verdadera. Y precisamente esta, en cuyo presentimiento y descripción está la única perfección que el filósofo puede aguardar, se halla intensamente latente en las traducciones. No hay musa de la filosofía, tampoco hay musa de la traducción. Pero no son éstas, como se las figuran los artistas sentimentales, vulgares. Porque sí hay un ingenio filosófico cuya particularidad más propia es el anhelo de aquella lengua que se manifiesta en la traducción.

Les langues imparfaites en cela que plusieurs, manque la sùpreme: penser étant écrire sans accessoires, ni chuchotement mais tacite encore l'immortelle parole, la diversité, sur terre, des idiomes empêche personne de préférer les mots qui, sinon se trouveraient, par une frappe unique, elle-même matériellement la vérité.

[«Las lenguas son imperfectas tanto en ese punto como en otros varios, y falta la suprema: siendo el pensar un escribir sin accesorios, ni susurro, sino estando aún tácita la inmortal palabra, la diversidad de los idiomas en la tierra impide a



cualquiera proferir las palabras que, de lo contrario, encontrarían materialmente, de un solo golpe, la verdad misma»<sup>1</sup>.]

Si el filósofo puede apreciar con exactitud lo que recuerda Mallarmé con estas palabras, la traducción se halla, con sus gérmenes de semejante lengua, a medio camino entre la poesía y la doctrina. Su obra no puede igualarse a estas, por no ser tan reveladora, pero las huellas que deja en la historia no son menos profundas.

Cuando la tarea del traductor aparece bajo tal perspectiva, los caminos de su solución parecen volverse mucho más oscuros e impenetrables. Es más, esta tarea, cultivar en la traducción la semilla de la lengua pura, parece eternamente imposible, inalcanzable mediante ninguna solución. Porque, ¿no se le priva de su suelo a esta cuando la transmisión del sentido deja de ser determinante? Y no es esto sino —puesto del revés— la conclusión de todo lo precedente. Fidelidad y libertad —libertad de la transmisión conforme al sentido y, con este propósito, fidelidad ante la palabra— son los términos tradicionales en cualquier discusión sobre traducciones. Parece que ya no pueden servir para una teoría que en la traducción busca algo diferente de la transmisión del sentido. Aunque en su empleo habitual estos términos siempre se encuentren en un dilema sin solución. Porque, ¿qué es lo que en realidad puede lograr la fidelidad en cuanto a la transmisión del sentido? La fidelidad en la traducción de la palabra aislada casi nunca transmite por completo el sentido del original. Porque el sentido, respecto del significado poético que tiene para el original, no se reduce a lo designado, sino que lo adquiere precisamente en la forma en que lo designado está sometido a la manera de designar de la palabra determinada. En general, se expresa esto mediante una fórmula: las palabras llevan consigo un tono emocional. Y además, la fidelidad literal a la sintaxis quebranta definitivamente toda transmisión del sentido, y parece conducir inevitable y directamente a la incomprensión. Las traducciones que hizo Hölderlin de Sófocles aparecieron ante los ojos del siglo diecinueve como ejemplos monstruosos de semejante fidelidad literal. Y por último, la medida en que la fidelidad en cuanto a la transmisión de la forma dificulta la del sentido es algo que no necesita explicaciones. Por consiguiente, el postulado de la fidelidad literal no puede inferirse del interés por la conservación del sentido. A esta le sirve mucho más —aunque, por otro lado, mucho menos a la poesía y a la lengua— la

---

1 Stéphane Mallarmé, *Prosas*, Madrid, Editorial Alfaguara, 1987, pág. 235. Trad. de José Antonio Millán Alba. (N. del Ed.)



indisciplinada libertad de los malos traductores. Por lo tanto, aquel postulado cuya legitimidad es evidente, cuya razón está oculta, tiene que comprenderse según causalidades más concluyentes. Pues tal y como los pedazos de una vasija, para poder juntarlos, tienen que encajar el uno con el otro hasta en los más mínimos detalles, sin tener, por otra parte, que ser iguales, así, la traducción —en vez de asemejarse al sentido del original— tiene que ahormarse en la propia lengua antes bien amorosamente, y hasta lo más particular, a la manera de designar del original, para reconocerse ambas lenguas de esta manera como pedazos, es decir, como fragmentos de una vasija, como fragmentos de una lengua superior. Precisamente por eso la traducción tiene que abstenerse en buena medida de la intención de informar y del sentido; y el original, respecto a este, sólo tiene transcendencia para la traducción en cuanto que ya ha dispensado al traductor y su obra del esfuerzo por el objeto de la información y su organización. También en el ámbito de la traducción vale: ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος, al principio era el verbo. Ante esto, la lengua del traductor puede y tiene que liberarse del sentido, para que no resuene como reproducción la *intentio* de este, sino para hacer resonar su propio tipo de *intentio* como armonía, como complemento a la lengua en la que se expresa por primera vez. Por lo tanto no es, sobre todo en el momento de su creación, el máximo elogio de una traducción el que pueda leerse como un original de la propia lengua. Antes bien, el significado de la fidelidad, garantizada por la literalidad, consiste precisamente en que se exprese en la obra la enorme añoranza de una complementariedad de las lenguas. La verdadera traducción es transparente, no oculta el original, y no le quita luz, sino que hace brillar en el original a la lengua pura, como amplificadas por su propio medio, con tanta mayor plenitud. Esto es, sobre todo, lo que puede conseguir la fidelidad literal en la transmisión de la sintaxis, y es precisamente esta la que evidencia la palabra, y no la oración, como elemento primordial del traductor. Porque la oración es la pared ante la lengua del original, la fidelidad literal es la bóveda.

Si bien la fidelidad y la libertad en la traducción se han considerado siempre tendencias contradictorias, parece que una interpretación más profunda de la una tampoco las reconcilia a ambas, sino que, por el contrario, niega todo derecho a la otra. Porque, ¿a qué se refiere la libertad sino a la transmisión del sentido que debe dejar de ser normativa? Pero si es lícito equiparar el sentido de una creación verbal y el de su información, queda —muy cerca de él, y, no obstante, infinitamente lejos, encubierto por él, o, más explícitamente, filtrado por él, más imponente— más allá de la información algo posterior, definitivo.



Queda en toda lengua y en sus creaciones, amén de lo comunicable, algo no comunicable, algo simbolizante o simbolizado, según el contexto en que se halle. Lo simbolizante sólo se halla en las creaciones limitadas de las lenguas; lo simbolizado, por otra parte, en la evolución misma de las lenguas. Y lo que intenta manifestarse e incluso brotar en la evolución de las lenguas es aquella semilla misma de la lengua pura. Pero si esta, se halle oculta o sea fragmentaria, está presente en la vida, en todo caso, como lo simbolizado mismo, entonces en las creaciones existe sólo como simbolizado. Mientras aquella última esencialidad misma que es la propia lengua pura en las lenguas sólo está sujeta a lo lingüístico y sus metamorfosis, en las creaciones está impregnado de un sentido profundo y extraño. Dispensarla de este, hacer de lo simbolizante lo simbolizado mismo, recobrar la lengua pura para el movimiento lingüístico en una forma creada: en eso consiste la grande y única virtud de la traducción. En esta lengua pura que ya no designa nada ni expresa nada, sino que es, como palabra inexpressiva y creadora, lo designado en todas las lenguas, toda información, todo sentido y toda intención se reúnen finalmente en una esfera en la cual están destinados a extinguirse. Y justamente a través de ella se confirma la libertad de la traducción como un derecho nuevo y superior. No del sentido de la información se deriva su permanencia, del cual debe emanciparla precisamente la fidelidad. La libertad se acredita más bien en la lengua propia, por causa de la lengua pura. La tarea del traductor consiste en liberar en la propia a aquella lengua pura que está retenida en la ajena, liberar la que está cautiva en la obra, en la recomposición. Por consideración a ella rompe barreras caducas de la lengua propia: Lutero, Voss, Hölderlin, George, han ensanchado los límites del alemán. Según esto, lo que de alguna importancia queda al sentido para la relación entre traducción y original puede resumirse en una comparación. Del modo en que la tangente roza el círculo ligeramente y sólo en un punto, y tal y como este contacto, pero no el punto, dictará la ley mediante la que seguirá trazando una recta hacia el infinito, de igual forma, la traducción roza al original levemente, y tan sólo en este punto infinitamente pequeño que es el sentido, para seguir, según la ley de la fidelidad, con la libertad del movimiento lingüístico, su trayectoria más propia. El significado verdadero de esta libertad lo ha señalado Rudolf Pannwitz, sin nombrarla, sin embargo, ni justificarla, en explicaciones que se encuentran en la *Crisis de la cultura europea*, y que quizá sean, junto con las tesis de Goethe en las notas al *Diván*, lo mejor que se ha publicado en Alemania acerca de la teoría de la traducción; allí dice:



Nuestras traducciones, incluso las mejores, parten de un principio falso, quieren germanizar el hindú, el griego, el inglés; en vez de hinduizar, helenizar o anglizar el alemán. Tienen un respeto mucho más significativo hacia las costumbres lingüísticas propias que hacia el espíritu de la obra ajena... El error principal del traductor consiste en que capta el estado fortuito de la lengua propia en vez de hacer que esta sea conmocionada vigorosamente por la lengua extranjera. Más aún, cuando la traducción se hace entre dos lenguas muy distantes, debe insistir en volver a los elementos principales de la lengua misma donde se unen la palabra, la imagen y el tono. Tiene que ensanchar su lengua y profundizar en ella a través de la lengua extranjera. No puede uno imaginarse en qué medida esto es posible, hasta qué punto cada lengua puede transformarse, cómo se diferencian las lenguas casi sólo como los dialectos; pero esto no es así si se las toma uno demasiado a la ligera, sino precisamente cuando se las toma uno lo suficientemente en serio.

En qué medida puede una traducción corresponder a la naturaleza de esta forma, esto es lo que se determina objetivamente mediante la traducibilidad del original. Cuanto menos valor y dignidad tiene su lengua, y cuanto mayor es la información, menos provecho podrá obtener la traducción de ella, hasta que el predominio completo de aquel sentido, muy lejos de ser la palanca para llevar a cabo una traducción perfecta, la impida. Cuanto más valiosa sea una obra tanto más traducible permanece aun con el más leve roce de su sentido. Naturalmente, esto sólo puede decirse de los originales. Las traducciones, en cambio, se muestran intraducibles, no por la gravedad, sino por la levedad con la que el sentido se adhiere a ellas. Una confirmación de esto, y para todos los demás aspectos de importancia, lo demuestran las traducciones de Hölderlin, sobre todo las de las dos tragedias de Sófocles. Es en ellas tan profunda la armonía de las lenguas que la lengua sólo roza el sentido del mismo modo en que el viento roza el arpa eólica. Las traducciones de Hölderlin son arquetipos de su forma; la relación que sostienen incluso con las traducciones más acabadas de sus textos es la de arquetipos y modelos, como lo demuestra la comparación entre las traducciones que hicieron Hölderlin y Borchardt, respectivamente, de la tercera oda pítica de Píndaro. Justamente por eso hallamos en ellas, antes que en otras, el peligro colosal y primordial de toda traducción: que se cierren de golpe las puertas de una lengua así



ensanchada y regida, y cierran al traductor en el silencio. Las traducciones de Sófocles fueron la última obra de Hölderlin. En ellas se precipita el sentido de abismo en abismo, hasta el punto de amenazar con extraviarse en las infinitas profundidades de la lengua. Hay, sin embargo, un punto de detención. No obstante, ningún texto, excepto el sagrado, lo ofrece; en el texto sagrado, en que el sentido ha dejado de ser la línea divisoria entre el flujo de la lengua y el de la revelación. Donde el texto pertenece directamente, es decir, sin el sentido mediador, en su literalidad, a la lengua verdadera, a la verdad o a la doctrina, allí es traducible de forma absoluta. Ya no por él mismo, por cierto, sino exclusivamente por amor a las lenguas. Ante él se exige de la traducción una confianza tan ilimitada que la literalidad y la libertad tienen que unirse en ella, sin tensión alguna, tal como la lengua y la revelación en aquel, y eso en forma de la versión interlineal, pues en algún grado todas las grandes obras, pero en el más alto las sagradas, comprenden entre líneas su traducción virtual. La versión interlineal del texto sagrado es el arquetipo o ideal de toda traducción.